

Tambien hay una iglesia en que está el sepulcro de Dessaix, una capilla dedicada á santa Faustina, una lápida de mármol negro, donde hay grabada una inscripcion en honor de Napoleon. Hay otras mil cosas tambien. Pero creedme, haced que os las enseñen antes de ir á ver á aquella pobre madre que está dando de mamar á su hijo.

LOS BANOS DE AIX.

La ciudad de Aosta es una linda y pequena poblacion que tiene pretensiones de no pertenecer ni á la Saboya ni al Piamonte; defienden sus habitantes que su tierra formaba parte de aquella parte del imperio de Karl el Grande, que habia heredado de los señores de Stranlingen. En efecto, aunque suministran un contingente militar, no pagan contribucion alguna y han conservado la franquicia de caza; por lo demás obedecen, bien ó mal, al rey de Cerdeña. El carácter de la ciudad de Aosta es todo italiano, á excepcion del abominable idioma que allí se habla, y que creo es saboyano corrompido: por todas partes, en el interior de las casas, las pinturas al fresco reemplazan á los papeles ó artonados, y los fondistas no se descuidan nunca de servir á la mesa una especie de pasta y una crase de crema, que destrozan pomposamente con el título de macarrones y sambasones. Agréguese á esto el vino de Asti y las chuletas á la milanese, y se tendrá completa una mesa valdiostense.

La ciudad de Aosta se llamaba al principio Cordella, del nombre de Cordellus Latiellus, jefe de una columna de galos cisalpinos llamados Salassos, que vinieron á establecerse allí.

En tiempo de Augusto se apoderó de ella una legión romana, mandada por Terencio Varron, y construyó á la entrada de la ciudad, en memoria de aquel suceso, un arco de triunfo, aun hoy en pié y entero, sobre el que se leen estas dos inscripciones modernas :

*El Salasso defendió largo tiempo sus hogares ;
Sucumbió : Roma victoriosa
Depuso aquí sus laureles.*

*Al triunfo de Octavio Augusto César.
Derrotó completamente á los Salassios,
El año de Roma DCCXXIV.
(24 años antes de la era cristiana).*

Al fin de la calle de la Trinidad hay otras tres arcadas antiguas construidas de mármol gris formando tres entradas, de las que una no tiene uso alguno hoy : la de en medio, como la mas alta, estaba reservada para el paso del emperador y del cónsul : sobre la columna que lo sostiene se lee esta inscripción :

*El emperador Octavio Augusto fundó estos
muros.
Edificó la ciudad en tres años,
Y la dió su nombre el año de Roma
DCCXXVII.*

A poca distancia de este monumento se encuentran todavía algunos restos de un anfiteatro de mármol ceniciento.

La iglesia ofrece los diferentes caracteres de las épocas en las que ha sido fundada y restaurada. El pórtico es de arquitectura romana modificada por el gusto italiano : las ventanas son ojivales y pueden datar del principio del siglo xiv. El coro tiene un pavimento de mosaico antiguo representando la diosa Isis rodeada de los meses del año, y contiene muchos hermosos sepulcros de mármol, sobre uno de los cuales está recostada la estatua de Tomás, conde de Saboya : un pequeño bajo relieve gótico de un exquisito trabajo está colocado delante del altar. Allí ha esculpido el autor con toda la sencillez del arte del siglo xv la vida de Jesucristo desde su nacimiento hasta su muerte.

Todos estos edificios, incluso las ruinas de un convento de la orden de San Francisco, patrono de la ciudad, pueden visitarse en dos horas : al menos este es el tiempo que nosotros le consagramos.

Al volver á la posada encontramos allí á un veturino (especie de mayoral) que el huésped habia hecho llamar durante nuestra ausencia. Aquel hombre se comprometia á llevarnos en el mismo día á Pré-Saint-Dicier, y nos empacotó á todos los seis en un carruaje donde hubiéramos ido bastante incomodados cuatro, asegurándonos que nos hallaríamos muy bien cuando nos hubiéramos arreglado. Cerró en seguida la portezuela, y esclavo de su palabra no se deluvo á pesar de nuestros gritos sino á tres leguas de Aosta, un poco mas allá de Villanueva.

Debimos este momento de respiro á un accidente

que había sucedido ocho días antes. Una porción de hielo al caer en un lago, cuyo nombre he escrito tan bien en mi album que me es imposible el leerlo é interpretarlo, había hecho subir doce ó quince piés la masa de agua que había salido fuera de su cauce. El torrente había tomado para correr un camino distinto y encontrando sobre este camino una casita la había arrastrado consigo : cincuenta y ocho vacas, ochenta cabras y cuatro hombres perecieron en la inundacion : se encontró un cadáver hecho pedazos á lo largo de las orillas de este nuevo río, que había atravesado el camino real y había ido á precipitarse en el Dora. Troncos de árboles, tablas, piedras se habían amontonado á la ligera para formar una especie de puente, y este puente es el que no se atrevia á atravesar nuestro conductor con su carruaje cargado, lo que nos proporcionó la felicidad de salir un instante de nuestra jaula.

No conozco monje, cartujo, trapense, dervich, fakir, fenómeno viviente, animal curioso de los que se enseñan por dos cuartos, que haga una abnegacion mas completa de su libre albedrío que el desgraciado viajero que se mete en un coche público. Desde entonces sus deseos, sus necesidades, su voluntad quedan á merced del conductor, de quien se convierte en una especie de propiedad. No le dará mas aire sino lo estrictamente necesario para que no muera asfixiado; no le dejarán tomar mas alimento que el preciso para que pueda llegar vivo á su destino. En cuanto á puntos pintorescos del camino por donde se pasa, en cuanto á los objetos curiosos que haya que visitar en las ciudades donde se hace parada, le será prohibido hasta ha-

blar de ellos si no quiere hacerse insultar por el conductor : decididamente los carruajes públicos son una admirable invencion... para los cofres y las maletas.

Declaramos al propietario de nuestro veturino que solamente cuatro de nosotros nos hallábamos dispuestos á volver á entrar en su máquina : en cuanto á los otros dos, se hallaban muy decididos á terminar á pié las ocho leguas que nos quedaban por hacer : yo era uno de estos últimos.

Ya estaba bastante oscura la noche cuando llegamos á Pré-Saint-Dicier ; allí encontramos á nuestros camaradas de carruaje un poco mas fatigados que nosotros : quedó convenido que al día siguiente pasaríamos el pequeño San Bernardo á pié.

A la mañana siguiente el que primero abrió los ojos dió gritos de admiracion que despertaron á toda la caravana : habíamos llegado de noche, como he dicho, y no teníamos idea alguna de la magnífica vista que se descubria desde las ventanas de la posada : en cuanto al posadero, acostumbrado á esta vista, no había pensado ni aun en hablarnos de ella.

Nos encontrábamos al pié del Monte Blanco, pero sobre la falda opuesta á Chamouny. Cinco neveras bajaban de la nevada cresta de nuestro antiguo amigo que cerraban el horizonte cual una pared : este inesperado punto de vista, al que nada nos había preparado, era tal vez lo que mas hermoso habíamos encontrado durante todo nuestro viaje : sin excluir yo á Chamouny.

Bajamos para preguntar á nuestro huésped el nombre de aquellas neveras y de aquellos picos mientras nos los explicaba pasó cerca de nosotros

un cazador con una carabina en la mano y dos gamos á la espalda : eran una madre y su cholo ; los dos habian sido muertos recientemente.

El posadero, que vió que éramos gente *curiosa*, se aprovechó de ello y nos propuso hacernos ver los baños del rey : así supimos que Pré-Saint-Dicier poseía un manantial de agua mineral : tuvimos la imprudencia de aceptar la invitacion.

Nuestro huésped nos llevó entonces á una mala casuca de yeso que nos fué preciso visitar desde el sótano hasta el tejado : no nos perdonó ni una cacerola de la cocina, ni una esponja de las que usó en el baño. Creimos al fin que habíamos concluido el inventario cuando al salir nos hizo notar bajo el peristilo un clavo en el que S. M. se dignaba colgar su sombrero.

Me escapé dando al diablo al rey de Cerdeña, de Chipre y de Jerusalem : mi apóstrofe hizo caer naturalmente la conversacion sobre política, y como entre nosotros seis habia representantes de cuatro diferentes opiniones, se entabló una discusion : al llegar á la aldea de San Mauricio aun íbamos disputando y habíamos andado sin sentir ocho leguas. El que menos ronco se encontraba se encargó de pedir la comida.

Terminada esta operacion, como nos quedaban aun cuatro horas de dia, nos colocamos en dos carretas, y grave y pausadamente se pusieron en camino y no se detuvieron sino cuando sonaban las once en el hotel de la Cruz Roja en Moustier.

Aquel pueblecito nada tiene de notable sino las salinas. Las visitamos al dia siguiente por la mañana.

Hállase situado el establecimiento á una legua

casi del manantial que explota; este manantial al salir de la tierra contiene una parte y media de materia salina sobre cien partes de agua. Durante su curso la evaporacion del agua hace la proporcion de las sales mucho mas considerable en el momento en que el liquido se somete á la accion de la bomba. Esta bomba levanta á una altura de treinta piés el agua que se distribuye en una multitud de canalitos, de donde vuelve á caer sobre millares de cuerdas. En este estado extremo de division, la evaporacion de la parte acuosa es mucho mas grande aun que la que anteriormente se ha verificado : y como las partes salinas no han desaparecido por esta evaporacion, resulta que se tiene al fin un agua muy cargada de sales que en seguida se pone á hervir en las calderas.

Podria obtenerse directamente la sal haciendo hervir el agua tal como sale del manantial; pero entonces seria mucho mas grande el gasto del combustible.

La totalidad que resulta de la explotacion es de quince mil kilogramos haciendo parte de los cuarenta mil que se consumen en Saboya y que el rey vende á sus súbditos á seis cuartos la libra : en Bex la sal recogida por el mismo mecanismo se vende á seis maravedises por el gobierno.

El mismo dia á las cuatro de la tarde nos hallábamnos en Chambéry. Nada diré del interior de los monumentos públicos de la capital de la Saboya ; no pude entrar en ninguno de ellos en atencion á que llevaba sombrero gris. Parece que un despacho del gabinete de las Tullerías habia provocado las mas severas medidas contra el sedicioso fieltro, y que el rey de Cerdeña no habia querido por una cosa tan

fútil exponerse á una guerra con su muy querido y caro hermano Luis Felipe de Orleans : como yo insistia reclamando enérgicamente contra la injusticia de semejante disposicion, los carabineros reales que estaban de guardia á la puerta del palacio me dijeron burlescamente que si absolutamente me obstinaba, habia en Chambéry un edificio á cuyo interior les era permitido llevarme : era la cárcel. Como el rey de Francia á su vez no hubiera querido probablemente exponerse á una guerra contra su muy caro hermano Carlos Alberto por un personaje tan poco importante como su ex-bibliotecario, respondí á mis interlocutores que eran muy amables para ser saboyanos y de mucho talento para ser carabineros.

Nos marchamos inmediatamente despues de la comida, sobre cuya cuenta rebajamos diez y ocho francos sin que esto pareciese perjudicar los intereses de nuestro huésped ó fondista llamado Chevalier, y llegamos una hora despues á las puertas de Aix. La primera palabra que oímos al pararnos en la plaza fué un viva á Enrique V pronunciado con una fuerza de órgano que nada dejaba que desear. Saqué inmediatamente la cabeza por la portezuela pensando que en un país donde tan susceptible es el gobierno, no podria dejar de prenderse al legitimista que de una manera pública acababa de manifestar su opinion. Me engañaba ; ninguno de los diez ó doce carabineros que se paseaban por la plaza hizo un movimiento hostil : es verdad que aquel caballero llevaba sombrero negro.

Las tres posadas de Aix se hallaban atestadas de gente : el cólera habia llevado allí á una multitud de cobardes, y la situacion política de París á una

multitud de descontentos : de esta manera Aix se encontraba siendo la cita de la aristocracia de la nobleza y de la aristocracia del dinero : la una se hallaba representada por Mad. la marquesa de Castries, la otra por el baron de Roschi'dt : Mad. de Castries es, como se sabe, una de las mujeres mas graciosas y de mas talento de París.

Pero esa multitud no habia hecho aumentar ni el precio de los alojamientos ni el de los alimentos. Encontré en casa de un tendero una habitacion bastante bonita por treinta cuartos al dia. y en casa de mi fondista una comida excelente por tres francos. Estos pequeños detalles, muy poco interesantes para muchas personas, los consigno aquí para algunos proletarios como yo que tal vez les darán importancia.

Quise dormir ; pero en Aix es una cosa imposible antes de la media noche : mis ventanas daban á la plaza, y la plaza era el punto de reunion de una treintena de sus ruidosos elegantes que miden por el ruido que hacen el placer que experimentan. No pude distinguir en medio de aquella barahunda sino un solo nombre : verdad es que fué repetido casi unas cien veces en el intervalo de media hora : este nombre era el de Jacotot. Naturalmente pensaba que el que llevaba este nombre seria un eminente personaje, y bajé con ánimo de hacer su conocimiento.

Hay dos cafés en la plaza, el uno estaba vacio, en el otro no se podia entrar ; el uno se arruinaba, el otro se llenaba de oro. Preguntéle á mi huésped de qué procedia esta preferencia : me respondió que era Jacotot el que atraia á la multitud. No me atrevi á preguntar quién era Jacotot por miedo de apare-

cer demasiado lugareño. Dirigime hacia el café lleno de gente : todas las mesas se hallaban ocupadas ; habia un lugar vacío en una de ellas ; me apoderé de él llamando al mozo.

No me respondieron. Entonces saqué toda la voz que me permilian mis pulmones y renové mi interpelacion que no tuvo mas resultado que la primera.

— Poco tiempo haber llegado vos á Aix, me dijo con un pronunciado acento aleman uno de mis vecinos que estaba bebiendo cerveza.

— Esta tarde, caballero.

Hizo un gesto como para decirme : ahora comprendo ; y volviendo la cabeza hacia el lado de la puerta del café no pronunció mas que esta sola palabra : ¡ Chacotot !

— ¡ Voy, señor, voy ! respondió una voz.

Jacotot se presentó en el mismo instante : no era otra cosa sino el mozo del café. Paróse delante de nosotros ; la sonrisa se hallaba estereotipada sobre aquella buena y redonda cara estúpida que es preciso haber visto una vez para poderse formar de ella una idea. Mientras que le pedia un vaso de cerveza, veinte voces ó veinte gritos á la vez decian :

— Jacotot, un cigarro.

— Jacotot, el periódico.

— Jacotot, fuego.

Jacotot á medida que le pedian cada cosa la sacaba al instante de su bolsillo : hubo un momento en que pensé si seria el encantado bolsillo de Fortunatus.

En el mismo momento salió otra voz de un sombrero corredor perteneciente al café.

— Jacotot, veinte luises.

Jacotot colocó su mano encima de sus ojos, á guisa de pantalla, y miró quién le dirigia esta última peticion, y habiéndole probablemente conocido por hombre de garantia, echó mano al maravilloso bolsillo y sacó un puñado de oro, que le entregó sin añadir nada á su habitual estribillo : ya voy, señor, ya voy, y desapareció para ir á buscarme un vaso de grosella.

— ¿ Con que perdeis, Pablo ? dijo un jóven que se hallaba en una mesa al lado de la mia.

— Tres mil francos.

— ¿ Vos jugar ? me dijo mi aleman.

— No, señor.

— ¿ Porqué ?

— No soy bastante pobre para desear ganar, ni bastante rico para poder perder.

Miróme fijamente, bebióse un vaso de cerveza, echó una bocanada de humo, colocó un codo sobre la mesa, apoyó su cabeza en su mano, y me dijo gravemente :

— Tener razon vos, jóven. ¡ Chacotot !...

— Voy, señor, voy.

— Otra botella traer y otro cigarro.

Jacotot le trajo su sexto cigarro y su cuarta botella, encendió el uno y destapó la otra.

En tanto que por mi lado yo tomaba mi grosella, dos de nuestros compañeros vinieron á tocarme en la espalda ; habian organizado para la mañana siguiente con una docena de amigos que habian encontrado en Aix, una partida de baño al lago de Bourget, situado á una media legua de la ciudad, y venian á preguntarme si queria ser de los suyos. No habia necesidad de preguntar esto ; solo me infor-

mé de los medios de transporte; me respondieron que no tuviese el menor cuidado porque ellos lo habian dispuesto y preparado todo. Con esta seguridad me fui á acostar. A la mañana siguiente me desperté con el ruido que habia debajo de mi ventana. Mi nombre habia por el momento reemplazado al de Jacotot, y una treintena de voces lo alzaban hasta mi segundo piso con toda la fuerza de sus pulmones. Echéme abajo de la cama creyendo que se habia prendido fuego á la casa, y corri á la ventana. Treinta ó cuarenta burros cabalgados por otros tantos jinetes ocupaban en dos filas todo lo ancho de la plaza. Era un golpe de vista para encantar á Sancho Panza. Llamábanme, en fin, para que viniese á ocupar mi lugar en las filas. Pedí cinco minutos, que me fueron concedidos, y bajé. Habíame reservado con una delicadeza y atencion, que se apreciará despues, una soberbia burra llamada *Cristina*. El marqués de Montairon, que montaba un hermoso caballo con buenas crines, habia sido nombrado por unanimidad general, y mandaba toda la brigada: Dió la señal de partir por esta alocucion tan familiar á todos los coroneles de coraceros:

— Adelante, cuatro en fondo, al trote si quereis, y al galope si podeis.

Echamos en efecto á andar seguido cada cual de un pilluelo que pinchaba con una vara la grupa de nuestros burros. Diez minutos despues nos hallábamnos en el lago de Bourget. Solamente, y habiendo partido en número de treinta y cinco, habiamos llegado doce, quince habian caido en el camino,

los otros ocho no habian podido jamás hacer salir á sus burros del paso; en cuanto á Cristina, caminaba como el caballo de Perseo.

Son una verdadera maravilla los lagos de Suiza y de Saboya con sus azuladas y trasparentes aguas, que dejan ver su fondo á ochenta piés de profundidad. Es preciso haber llegado á sus orillas aun manchados como lo estábamos con los baños del fangoso Sena, para formarse una idea del placer con que nos precipitamos en ellos.

Al extremo opuesto de donde nos hallábamos, se elevaba un edificio bastante notable. Pregunté á uno de nuestros compañeros en el momento en que subia á la superficie del agua, tal era aquel edificio. Apoyó las manos sobre mi cabeza y los piés sobre mis espaldas, y me envió á quince piés de profundidad, y aprovechando el momento en que yo sacaba la cabeza á la superficie del lago, es Hautecombe, me dijo, la sepultura de los duques de Saboya y de los reyes de Cerdeña. Le dí las gracias.

Propusieron ir á almorzar allí y visitar en seguida los sepulcros reales y la fuente intermitente. Nuestros barqueros nos dijeron que en cuanto á esta última curiosidad tendríamos que privarnos de ella en atencion á que hacia ocho dias que el manantial no corria, bajo pretexto de que habia veinte y seis grados de calor. No por eso fué menos aceptada la proposicion por unanimidad. Sin embargo, uno de ellos hizo una reflexion muy sensata, y era que treinta y cinco mocetones como éramos no sería fácil que encontrasen bastantes huevos y leche, únicos comestibles probables en una pobre aldea de la Saboya. En su consecuencia, un pilluelo y dos

burros fueron despachados á Aix; el pilluelo era portador de una palabra para Jacotot á fin de que nos enviase el mejor desayuno posible: debía ser pagado por los que cayesen de sus burros al volver.

Llegamos, como es fácil conocer, á Hautecombe antes que nuestros proveedores; mientras les aguardábamos nos dirigimos á la capilla donde se hallan los sepulcros. Esta es una iglesia pequeña, bonita, y aunque moderna, está construida sobre un plan de forma gótica. Si las paredes estuviesen ennegrecidas por ese sombrío barniz que los siglos dan al pasar, se la tomaría en su exterior por una construcción de fines del siglo xv.

Al entrar se tropieza con un sepulcro: es el del fundador de la capilla, el del rey Carlos Félix; parece que después de haber confiado á la iglesia los cuerpos de sus antepasados, él, el último de su raza, quiso, cual un hijo piadoso, velar en la puerta sobre los restos de sus padres, cuya serie subía á mas de siete siglos.

A cada lado del camino que conduce al coro hay colocados soberbios sepulcros de mármol sobre los que se ven tendidos los duques y las duquesas de Saboya. Los duques con un león á sus piés, tipo del valor; las duquesas con un lebre, símbolo de la fidelidad. Otros hay que habiendo marchado por la santa via en lugar de la via sangrienta, se hallan representados con un cilicio en el cuerpo y con sandalias á los piés en señal de padecimiento y humildad; casi todos estos monumentos son de un exquisito trabajo y de una excelente y sencilla ejecución: por encima de cada tumba, y como para con ello dar un mentís al carácter y á la costumbre,

un hermoso medallón oval ó cuadrado representa, ejecutado por artistas modernos, una escena de guerra ó penitencia sacada de la vida de aquel que cubre bajo la piedra que corona. Allí podeis ver el héroe despojado de la armadura de mal gusto que le cubre sobre su sepulcro, combatiendo vestido á la griega con una espada ó un dardo en la mano en la posición académica de Homulo y Leonidas. Estos señores eran demasiado orgullosos para copiar y tenían demasiada imaginación para hacer las cosas que vieron. ¡Dios los tenga en el cielo!

Vimos algunos religiosos orando por las almas de sus antiguos señores. Son monjes de una abadía del Cister perteneciente á la capilla y que tenían el encargo de cuidarla. La fecha de la fundación de esta abadía sube al principio del siglo xii, y de ella han salido dos papas: Godofredo de Chatillon, electo en 1241 bajo el nombre de Celestino VI, y Juan Cayetano de los Ursinos, elegido bajo el de Nicolás III en 1277.

En tanto que visitábamos el convento y que tomábamos estas noticias, llegaron nuestras provisiones, y un espléndido almuerzo se organizó debajo de los castaños, á trescientos pasos de la abadía. Tan pronto como recibimos esta bienaventurada noticia, nos despedimos de los reverendos padres y nos encaminamos á la pradera donde estaba el desayuno. Al ir allí dejamos á nuestra izquierda la fuente intermitente. Tuve curiosidad de visitar el sitio donde se halla; allí encontré inmóvil con su cigarro en la boca y las manos á la espalda á mi alemán de la vispera: aguardaba hacia tres horas á que corriese el manantial: se habían olvidado de decirle que hacia ocho dias que se hallaba seco.

Me reuní con mis camaradas recostados como los Romanos al rededor del festin: no tuve mas que echar una ojeada sobre él para hacer entera y cumplida justicia á Jacotot: era digno de su alta reputacion.

Cuando hubimos terminado el desayuno, bebido el vino y roto las botellas, pensamos en volver y se recordó el convenio hecho por la mañana, á saber: que los que se dejasen caer de sus burros pagarían la parte de los que se mantuviesen firmes y no cayesen. Hecha la cuenta se encontró que el desayuno no costaba una gran cosa.

A nuestra vuelta encontramos á Aix en revolucion. El que tenia caballos los habia hecho enganchar. Los que no los tenian acudian á los carruajes; los que no podian hallarlos se precipitaban á los despachos de las diligencias: algunos hombres se disponian á marchar á pié: las señoras nos cercaban con las manos juntas en ademan suplicante para obtener nuestros burros: á todas las preguntas que les haciamos no respondian mas que estas palabras:

— ¡ El cólera, caballero, el cólera!

Viendo que no podiamos obtener ninguna noticia de aquella espantada poblacion, llamamos á Jacotot.

Vino con los ojos llenos de lágrimas y le preguntamos qué habia.

El hecho era que un herrero que habia llegado la vispera y jactándose de haber burlado al gobierno sardo en la cuarentena de seis dias impuesta á todos los extranjeros, se halló atacado despues de almorzar de vahidos y cólicos. El desdichado habia tenido la imprudencia de quejarse; su vecino re-

conoció al instante mismo ios síntomas del cólera asiático. Todos se levantaron dando horrorosos gritos, y varias personas escapándose, gritaron en la plaza: ¡ El cólera! ¡ el cólera! como se grita ¡ fuego! ¡ fuego!

El enfermo, que estaba acostumbrado á semejantes indisposiciones y que de ordinario se curaba con té ó simplemente con agua caliente, era á quien menos se le daba de toda aquella gritería. Iba á marcharse muy tranquilo á su casa para curarse, cuando encontró á la puerta los cinco médicos del establecimiento de los baños. Desgraciadamente para él, en el instante en que iba á saludar á la facultad saboyana, un violento dolor le arrancó un grito, y la mano que echaba á su sombrero, descendió naturalmente sobre el abdómen, asiento del dolor. Miráronse los cinco médicos, cambiaron una mirada, como dando á entender que el caso era muy grave. Dos de ellos agarraron al paciente cada uno por un brazo, le tomaron el pulso, y le declararon colérico en primer grado.

El herrero, que se acordaba de las aventuras de Mr. de Pourceaugnac, les manifestó con mucha mansedumbre que á pesar de todo el respeto que debia á su profesion y su ciencia, creia conocer mejor que ellos su situacion, en la que se habia encontrado ya veinte veces, y que los síntomas que ellos tomaban por la epidemia, lo eran solo de indigestion, no de otra cosa: y que por consiguiente les suplicaba, tuviesen la bondad de dejarle libre el paso, porque se marchaba á su casa á decir que le hiciesen una taza de té. Pero los médicos declararon que no estaba en su poder el acceder á tal peticion, pues estaban encargados por el gobier-

no de velar sobre el estado sanitario de la población, y que así les pertenecía de derecho todo bañista que se pusiese enfermo en Aix. El pobre herrero hizo el último esfuerzo, y pidió que le dejaran cuatro horas siquiera para curarse á su manera, y que si pasado este término no estaba bueno enteramente, consentía en entregarse en cuerpo y alma en manos de la ciencia. Esta le replicó que el cólera asiático, el mismo del que estaba atacado el enfermo, hacia tales progresos que en cuatro horas ya estaría muerto.

Durante esta discusión habíanse hablado los médicos algunas palabras al oído, y uno de ellos que habia salido de allí volvió á poco acompañado de cuatro carabineros reales y un sarjento que preguntó, retorciéndose los bigotes, en dónde estaba el infame colérico. Enseñáronle el enfermo: dos carabineros le agarraron por los brazos, y otros dos por las piernas, y el sarjento sacó su sable y echó á andar marcando el paso. Los cinco médicos siguieron al acompañamiento: el infeliz herrero arrojaba espumarajos de rabia, gritaba, siempre aferrándose en que no tenia nada, y mordía cuanto estaba al alcance de sus dientes. Decían ya que eran los síntomas del cólera asiático en el segundo grado: la enfermedad progresaba atrocemente.

A los que le vieron pasar no les quedó duda alguna y se admiró la abnegación de los dignos médicos, que iban á desafiar el contagio; pero todos se dispusieron á huir de él lo mas pronto posible. En este estado de terror pánico, habíamos encontrado nosotros la ciudad.

Llegóse el alemán en aquel momento y dándole á Jacatot en la espalda, le preguntó si el susto de

todos era porque el manantial del agua intermitente no corría. Jacatot volvió á empezar la relación que acababa de hacernos. El alemán escuchó con su habitual cachaza, y cuando hubo terminado, se contentó con decir: ¡Ah! y se encaminó hácia el establecimiento.

—¿A dónde vais, caballero? ¿á dónde vais? le gritaron de todas partes.

—Yo, á ver al enfermo, respondió nuestro hombre, continuando su camino. A poco rato volvió con la misma fiema con que se habia ido, y todos le rodearon preguntándole qué hacían con el colérico.

—Le apren, respondió.

—¿Cómo le apren!

—Sí, sí, le apren el ventre. Y acompañó estas palabras con un gesto que no dejaba ninguna duda sobre el género de operación que indicaba.

—¿Con que entonces ya ha muerto?

—¡Oh! sí, sin duda, ya, dijo el alemán.

—¿Del cólera?

—No, de una indigestion, ¡pobre hombre! habeba almorzado mocho, y su almuerzo le hacia daño, le han posto en uno baño caliente, y su almuerzo le ha ahogado: fe aquí todo.

Y esta era la verdad. A la mañana siguiente fué enterrado el herrero, y al otro ya nadie pensaba en el cólera, solo los médicos aseguraban que habia muerto de la epidemia reinante.

Al otro día me dispensé de la partida de baño. Tenia que estar en Aix muy poco tiempo, queria visitar en detalle las Thermas romanas y los baños modernos.

La ciudad de Aix se remonta á la mas remota

antigüedad. Sus moradores, conocidos con el nombre de *aquenses*, se hallaban bajo la inmediata protección del procónsul Domicio, como lo prueba el primer nombre que llevaron las aguas: *aqua domitiana*. En tiempo de Augusto eran el punto de reunion de todos los enfermos opulentos de Roma.

Después de haber sido cuatro veces quemada, la primera en el siglo III, la segunda y la tercera en el XIII, y la última en el XVII, después de haber pasado en el año de 1000, el 5 de los idus de mayo, de la posesion de Rodolfo, rey de la Borgoña Trasjurana, á la de Beroldo de Sajonia; después de haber sido por mucho tiempo un objeto de disputas y causa de guerra entre las casas de los duques de Saboya y de los condes de Ginebra, Aix quedó por fin, por medio de un tratado celebrado en 1293, bajo la dominacion de los primeros.

Las diferentes revoluciones acaecidas después del paso de los bárbaros, á quienes se debe atribuir la primera destruccion de las Thermas romanas, hasta el último incendio de 1639, habian hecho olvidar la virtud medicinal de los baños de Aix.

Por otra parte tambien, las aguas llovedizas al bajar de las montañas que cercan la ciudad, arrastraban consigo porciones de tierra vegetal y fragmentos de roca, formando así una capa de tierra de ocho ó diez piés y cubriendo las antiguas construcciones romanas. A principios del siglo XVII, fué cuando un médico de una aldea del Delfinado, llamado Cabias, hizo notar los manantiales termales de los que no se cuidaban los habitantes de Aix. Los experimentos químicos que hizo en ellos, por incompletos que fuesen, le revelaron el secreto de su eficacia para ciertas enfermedades. De vuelta á

su país, recetó el uso de estas aguas á la primera ocasion que se le presentó, y acompañó él mismo, para hacer su aplicacion, á los primeros enfermos ricos que quisieron someterse á este tratamiento. Su cura dió márgen á la publicacion de un folleto titulado: *De las curas maravillosas y propiedades de las aguas de Aix*. Esta publicacion se hizo en Lyon el año 1624, y dió á los baños una nombradía, que se ha ido acrecentando cada vez mas y mas.

Los monumentos que quedan del tiempo de los Romanos, son un arco, ó por mejor decir, una arca, restos de un templo de Diana, y los fragmentos de las Thermas.

Hase encontrado además en las excavaciones para sepulturas en la iglesia de Bourget, un altar de Minerva, piedra de sacrificio, urna en que se recogia la sangre de la víctima, y por último el cuchillo de piedra afilada con que se la degollaba.

El cura ha hecho desaparecer todos estos objetos en un momento de celo religioso.

El arco romano ha sido objeto de una larga controversia: los unos han pretendido encontrar en él la entrada de las Thermas, situada á poca distancia del sitio en que está levantado; los otros han hecho de él un monumento funeral; otros, en fin, un arco de triunfo.

Una inscripcion confirma al menos el nombre del que edificó el monumento, si bien no dice el objeto con que lo levantó:

L. POMPEIUS CAMPANUS
VIUS FECIT

De aquí ha tomado el nombre de arco de Pompeyo.

El templo de Diana está mucho menos completo. Parte de sus piedras han proporcionado las losas magníficas que forman las escaleras del Círculo (1); y las que han quedado enteras desaparecieron en la obra de un mal teatrillo al que han servido de cimientos. Una de las cuatro paredes de la biblioteca del Círculo está formada por el muro de este antiguo monumento. Se ha tenido el buen juicio de no cubrirla con tapicería alguna, para que de este modo los curiosos puedan examinar despacio las piedras colosales que han servido para esta construcción. Las más pequeñas tienen dos pies de altura y cuatro ó cinco de ancho. Están puestas unas encima de otras sin ninguna argamasa, y parecen sostenerse únicamente por el peso del equilibrio.

Los restos de las *Thermas* romanas están situados bajo la casa de un particular llamado Mr. Perrier. Ya hemos dicho antes que las aguas arrastrando tierra habían cubierto estas construcciones antiguas. Habían desaparecido enteramente quedando ignoradas de todos cuando las encontró Mr. Perrier al hacer las excavaciones para echar los cimientos de su casa.

Cuatro gradas de una escalinata antigua, revestidas de mármol blanco, conducen en primer lugar á una piscina octógona de veinte pies de longitud, rodeada por todos lados de gradas en que se sentaban los bañistas; estas gradas y el fondo de la piscina están revestidas de mármol blanco. Por debajo de cada grada pasan conductos de calor, y detrás de la más alta de las gradas se hallan las bocas por las

(1). El Círculo es el paraje donde se reúnen por la noche los bañistas.

cuales se derramaba el vapor en la habitación. En el fondo de la piscina estaba colocado el inmenso lavabo de mármol que contenía el agua fría en que se metían los antiguos inmediatamente después de haber tomado los baños de vapor. El lavabo fué roto en la excavación, pero la tierra acarreada por los aluviones y de que había estado lleno, ha conservado la forma exacta de la cuba que lo abarcaba y en la que se había secado.

Debajo de la piscina está el recipiente que contenía el agua caliente, cuyo vapor subía á la habitación situada encima. Debía contener un inmenso volumen, pues la pared del conducto que comunica con él, se halla corroída á siete pies de altura.

Solo la parte superior de este depósito se halla descubierta; pero examinando los chapiteles cuadrados de las columnas que salen de la tierra, y procediendo de lo conocido á lo desconocido, según las reglas de arquitectura, están sepultadas estas columnas nueve pies en el suelo; están construidas de ladrillos, y cada uno de estos lleva el nombre del fabricante que los suministró, y se llamaba *Glarianus*. Siguiendo el mismo camino que debía seguir el agua, se entra en el corredor por el que se escapaba el vapor; las bocas de calor que se ven en el techo son las mismas cuyo orificio opuesto se encuentra detrás de la grada más allá de la piscina.

Al final de otro corredor se encuentra una salita de baño particular para dos personas: tiene ocho pies de largo sobre cuatro de ancho, y la misma pieza forma el baño. Está revestida por todas partes de mármol blanco, y sostenida por columnas de

ladrillos, entre cuyos chapiteles circulaba el agua termal. Bajábase de lado por escaleras de la misma longitud y anchura que el baño. Debajo de estas escaleras pasaban caloríferos á fin de que se pudiesen poner encima los piés desnudos sin incomodidad, y de que la frescura del mármol no enfriase el agua del baño.

Por lo demás, todas estas excavaciones que cualquiera creeria hechas por el propietario del terreno con algun fin científico, no tenian mas objeto que el de hacer una bodega; los corredores que acabamos de describir conducen á ella en línea recta.

Volviendo á subir vemos en el jardin un meridiano antiguo; se diferencia muy poco de los nuestros.

Los edificios modernos son el Círculo y los baños.

El Círculo es el edificio en que se reúnen los bañistas. Por veinte francos se da una tarjeta personal, que franquea la entrada á los salones. Compónense estos salones de un gabinete de reunion, en donde las señoras hacen sus labores, ó se ocupan en la música, una sala de baile y de conciertos, una pieza de billar, y una biblioteca de que ya hemos hablado con motivo del templo de Diana.

Hay contiguo á este edificio un gran jardin que ofrece un magnífico paseo. El horizonte se pierde por un lado á cinco ó seis leguas en una azul lontananza, y por el otro se termina con el Diente del Gato, la altura mas elevada de los alrededores de Aix, llamada así por su color blanco y aguda forma.

El edificio donde se toman los baños se comenzó en 1772. y se terminó en 1784, por orden y á costa

de Victor Amadeo. Una inscripcion grabada sobre la fuente del monumento atestigua esta liberalidad del rey sardo.

Vedla aquí:

VICTOR AMEDEUS III REX FELIX AUGUSTUS
PP. HASCE THERMALES AQUAS A ROMANIS
OLIM E MONTIBUS DERIVATAS AMPLIATIS
OPERIBUS IN NOVAM
MELIOREMQUE FORMAM REDIGI
JUSSIT APTIS AD EGRORUM USUM
ÆDIFICIIS PUBLICÆ SALUTIS GRATIA
EXTRACTIS ANNO MDCCXXXIII.

En la primera sala entrando á la derecha, están los dos caños rotulados á donde van los bañistas tres veces al día á llenar el vaso de agua que deben beber. Uno de estos caños tiene el rótulo de *azufre* y el otro el de *alumbre*; el uno tiene treinta y cinco grados de calor y el otro treinta y seis.

El agua de azufre pesa un quinto menos que el agua ordinaria, y una moneda de plata puesta en contacto con ella se oxida en dos segundos.

Las aguas termales comparadas con el agua comun, dan por resultado que el agua ordinaria, elevada por medio de la ebullicion á ochenta grados de calor, pierde en dos horas sesenta grados poco mas ó menos por su contacto con el aire atmosférico, mientras que el agua termal, depositada á las ocho de la noche en un baño, no ha perdido á las ocho de la mañana, es decir, doce horas despues, mas que catorce ó quince grados, lo que deja á los baños ordinarios un calor suficiente de diez y ocho ó diez y nueve grados.

Los baños que toman los enfermos están regularmente á treinta y cuatro ó treinta y seis grados. De este modo se ve que no hay nada que añadir ni quitar al calor del agua, que se encuentra en armonía con el de la sangre; esto da á las aguas de Aix una superioridad notable sobre las demás, pues en todas partes son ó demasiado calientes ó demasiado frias. Si son demasiada frias hay que calentarlas, y bien se echa de ver cuánta cantidad de gas debe desprenderse durante esta operacion. Si por el contrario son demasiado calientes, hay necesidad de enfriarlas por una combinacion con el agua fria, ó por el contacto del aire, y en uno y otro caso se concibe cuánto pierden de su eficacia con la mezcla ó la evaporacion.

Poseen tambien una ventaja natural estas aguas termales sobre las de los demás establecimientos, y es que los manantiales calientes, que por lo regular salen en los parajes bajos, se hallan allí á treinta piés sobre el nivel del establecimiento; pueden así con la facultad que les dan las leyes de la gravedad, elevarse sin medio de presion á la altura necesaria para aumentar ó disminuir su accion en la aplicacion de los chorros.

En ciertas épocas, y sobre todo cuando la temperatura atmosférica baja de doce á nueve grados sobre cero, cada una de las aguas, cuyo manantial parece sin embargo ser el mismo, presenta un fenómeno particular. El agua de azufre arrastra una materia viscosa, que haciéndose sólida ofrece todos los caracteres de la gelatina animal perfectamente hecha: tiene su gusto y cualidades nutritivas, mientras que el agua de alumbre arrastra una cantidad casi igual de gelatina puramente vegetal.

El martes de carnaval del año 1822, se sintió un terremoto en toda la cordillera de los Alpes; treinta y siete minutos despues del sacudimiento salió una multitud considerable de gelatina animal y vegetal por los tubos del azufre y del alumbre.

Seria demasiado largo describir los diferentes gabinetes y los varios aparatos de los chorros que allí se administran. El calor de los chorros varia, pero el de los gabinetes es siempre el mismo, es decir, de treinta y tres grados. Solamente uno de estos gabinetes, llamado el *Infierno*, tiene una temperatura mucho mas elevada; esto procede de que la columna de agua caliente es mas fuerte, y que cerradas una vez las puertas y las ventanas no se puede respirar el aire exterior sino únicamente el que se desprende de la evaporacion. Esta atmósfera, verdaderamente infernal, aumenta la circulacion de la sangre hasta ciento cuarenta y cinco pulsaciones por minuto; el pulso de un inglés muerto tísico, dió hasta doscientas diez pulsaciones, es decir, tres y media por segundo. Allí era donde habian llevado al herrero. El sombrero de aquel infeliz estaba aun colgado en una percha.

Se puede bajar hácia los manantiales por una entrada situada en la misma ciudad; es una abertura con una verja de tres piés de ancho, llamada el *Agujero de las serpientes*, porque su situacion al Mediodía y el vapor que sale de esta especie de respiradero atraen de once á dos una multitud de culebras. No se pasó nunca por allí en aquel momento del día sin ver muchos de aquellos reptiles solazándose á aquel doble calor. No son nada venenosos, y los muchachos los domestican y se sirven de ellos, como nuestros limpia-botas y quita-